

# CUENTO

## PREPARATIVOS PARA UNA FIESTA DE DISFRACES

Arturo Andrade  
a Columba

Doña Carmen irrumpió en el *saloon* de belleza, exactamente igual que un adolescente recién decepcionado al primer bar que choca en su camino: furiosamente espasmódica, despellejando un invisible trapo con sus dientes disparejos, con las mejillas sumidas, adheridas a los maxilares, la mirada a punto de fundirse, amenazando vaciarse de sus ostras. Se deshizo bruscamente de su abrigo, como un boxeador resignado a las supersticiones, y luego, con esmero, ante el espejo, se empezó a desclavar la peluca de tono rubio platinado.

La empleada que por costumbre la atendía (según doña Carmen, por sus dedos largos y porosos, como de jardinero), había empezado ya con sus manos celulósicas de uñas color morado *Bassi*, a recibir los alfileres dorados, tolerando que su cliente se detuviera esporádicamente, para sonreír en el espejo a las otras empleadas, que limaban las uñas inferiores de alguna solterona.

Después que le entregó el último pasador a la joven, que además lucía una bata rosa saturada de barniz sofocante, doña Carmen se arrancó la peluca como una corona para dejar al descubierto una maraña de pelo alborotado, alfileroso y grueso, como una bola de hilo de tejer.

—Listo, dijo celebrándose con una sonrisa muy estrecha, estirada desde los hoyuelos de sus bembas, ahora un poco dilatadas. Y al mismo tiempo la empleada, con galantería, le ofreció la silla que todas las semanas apartaba a esa hora, por teléfono. Doña Carmen se sentó como una reina, al tiempo que cruzaba las piernas, envueltas en un holgado pantalón; la empleada cogió un cepillo de cerdas semejantes al pistilo de un clavel por los granos de caspa que tenía imantados, y empezó a desanudar el estropajo negro, pedante de su diaria lubricación. Doña Carmen, mientras, alcanzaba su bolso modelo *boy scout*, para jalar de adentro una revista de modas y anuncios la hojeó atentamente, con los dedos embadurnados de saliva para el caso, y se detuvo en las páginas centrales: ahí estaba el artículo, inteligentemente escrito por alguien que firmaba, sin escrúpulos, *Kiko*; seudónimo fatal de algún marica, víctima de una trágica negación dialéctica en su sistema hormonal:

“50 formas de reconquistar a su marido.”

—Mira, Helen, le anunció a la empleada que mascaba chicle con la indo-

## SEGUNDO PREMIO

Carmensa



CARMENSA.

lencia de una jersey (le señaló la foto donde aparecía una escultural modelo, de rostro azuzador, y que exhibía un peinado indescifrable), mira nada más: ¡así quiero que me peines!

La joven detuvo su quehacer de albañil castillero, abandonó el cepillo en la bolsa de su delantal y estudió con detenimiento, azorada en segundos, la foto de la modelo, particularmente la trayectoria elíptica de la sonrisa, luego le respondió con un abecedario de suspiros:

—Qué bonitos aretes, ¿cuánto costarán?

Doña Carmen casi le arrebatara la revista:

—Ay, criatura, despierta. Te dije que el peinado.

La empleada se llevó las uñas a los dientes:

—Mmm, es el modelo *Orbitales Híbridos Atómicos*. Está bonito.

—Fabuloso, dirás. Así me peinas.

Y le quitó la revista, para observar los aretes de coral.

Luego comenzó por centésima ocasión la lectura del artículo, que le había causado estragos en su negra vigilia: “*Llega una edad en que el marido se aburre de mirar siempre la misma cara en su mujer*!”; se brincó esa parte, la sabía de memoria y nunca le pareció interesante. Se escupió el índice derecho y pasó a la otra página, luego continuó leyendo con la vista:

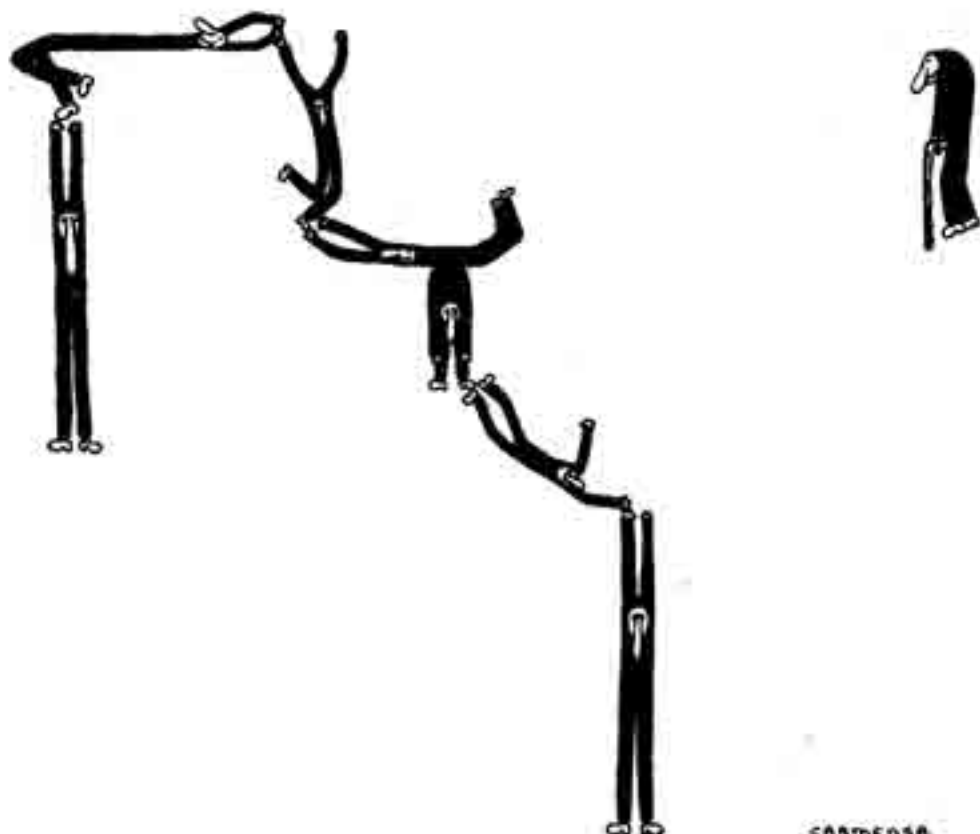
... si su marido ya no le prodiga las mismas atenciones que de recién casada, cuando todo era melcocha, si ya no la besa en el mismo sitio cada vez que regresa del trabajo, amiga mía, se avecina una tormenta; pero no se traumatice, su consejero Kiko le ofrece aquí una serie de fórmulas para /...

Se detuvo. Alargó su brazo para tomar su bolso, lo abrió y extrajo la cajetilla de cigarros almendrados; sin precaución encendió uno y prosiguió: “*mascarilla de fresas y papaya, batida en glicerina, con dos cucharaditas de albúmina de huevo de gallina clueca; lo ideal para hacerlo retornar a sus encantos, como doncel shakespiriano*”.

—Mju, asentó persuadida, al tiempo que aspiraba el cigarillo, ¿qué tal eres Kiko?

Y persistió, atropellando los puntos y las comas con su lengua:

“*¿Incomprensión?, ¿reproches?... píntese un lunarcito en la ojera, al levantarse, en forma de perla, como lágrima/.*” Se detuvo otra vez; clavó en sus labios el cigarro y succionó la nicotina, como fuelle; por un momento dudó de las consignas del autor del artículo, evocando la expresión apagada de su marido, cuando ella se le acercó con el lunar pintado con paciencia en



su recámara. Recordó que hacía una hora, o menos, salió dejándolo con sus blasfemias en el aire, sentado ante el televisor, con un bote de cerveza entre las manos, habían discutido lo de siempre: “las tonterías que le había inculcado su mamá, en vez de buenos modales y un poquito de/”, “¡cállate! , las rudezas propias de un hotentote que confunde la oficina con su casa y/”, “di cuanto quieras, el desperdicio del tiempo y el dinero en chucherías, las horas encerradas en ese camerín, si porque/”, “¡cómo te atreves a insinuarme! ”

Lo dejó sin comer, como castigo, para que aprendiera a respetar su tierna femineidad, pensaba, fumaba recordando con temor que hubiera querido regresar, fingiéndose apenada, abrir la puerta y entrar humildemente o gimo-teando, acercársele y hablar, como él pretendía, aún, hasta en la alcoba; “mira, vieja. . .”; pero desechó la idea con sólo recordar su voz, “¡es un cavernario! ”, se repetía ahora en su aposento, sintiéndose torera en hombros o encima de una silla de ruedas, “¡es un primitivo! ¡Qué feo es, Dios mío, cómo me fui a casar con él! ”

Encendió otro cigarro. Sintió que le hacía falta desahogar esa energía, como ectoplasma bilioso, que le arañaba el cuerpo buscando una salida y, como abanico insinuador, le abrió la charla a la empleadita que poco a poco daba forma a una especie de montaña rusa con la pelambrera:

—Ah, criatura, qué te cuento; se me estaba olvidando, con tanto compromiso, ¿no ha venido la del 846 en estos días?

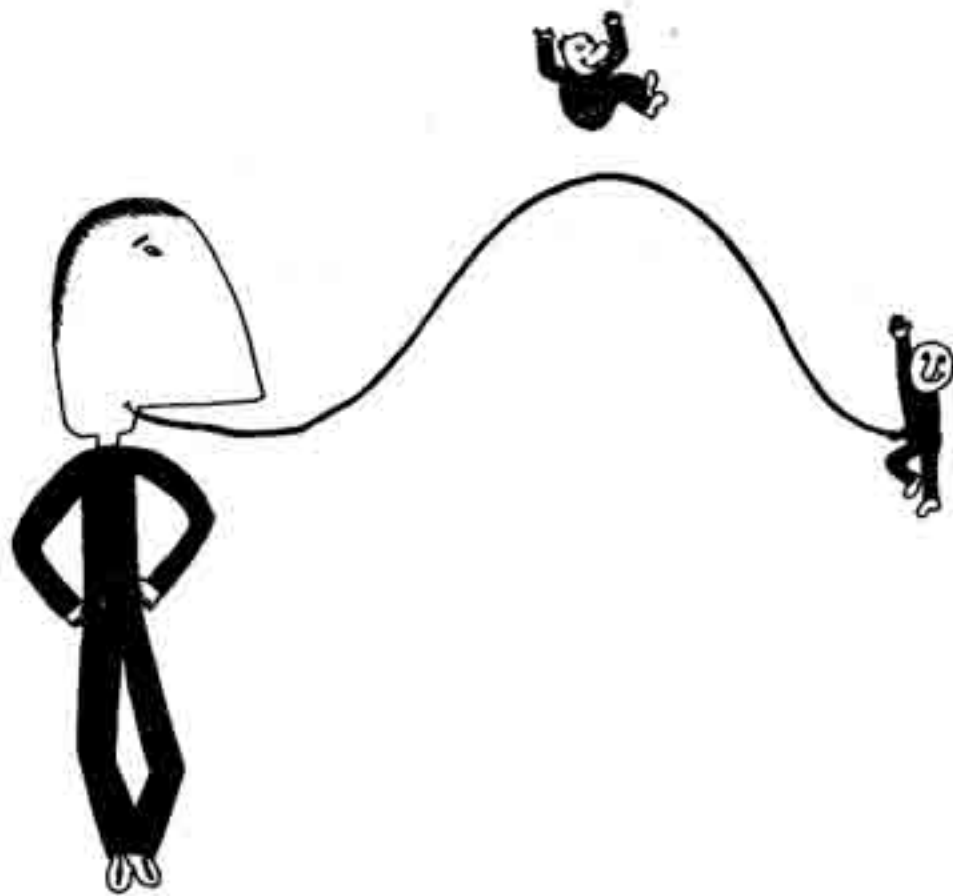
Se refería a su vecina del condominio gris, que el gobierno había edificado para los burócratas, con el fin de que “la clase obrera fuera una sola familia”. La empleada no pudo contestar, impedida por los pasadores que tenía atorados en los labios.

—Ya te imaginarás; ya te había dicho, ¿no? , que andaba coqueteando con un estudiantillo del 1350. Le guiñaba el ojo en el elevador, le sonreía con impudicia en el *super* y, en fin, ya sabes. . . mejor ni te digo (dándose manotazos en los muslos), ¿pues qué crees? (otro), ¿qué crees que pasó?

La joven se distrajo para encender un cigarro, y en el pequeño salón se estableció un silencio de juzgado. Todos los semblantes se alinearon en la expectación, a punto de estallar como globos, pero doña Carmen refrenó las perspicacias, vomitando con gravedad y *feeling*:

—¡Qué la muy sinvergüenza se atrevió a meterlo a su departamento! (alzando las manos). ¿Te imaginas? Pobre señor, si tú lo vieras: es abnegado, respetuoso, ya de edad, ¡y la puta que tiene por esposa lo engaña en cuanto sale!

La empleada proseguía, un poco turbada, por la dinámica del cráneo, que se movía como trompo.



— ¡Qué matrimonio, criatura! , yo digo: si el señor ya no la atiende, si ella no lo quiere por lo viejo, pues que busque atraerlo nuevamente: con platillos, con vestidos, con adornos, con. . . ¡qué sé yo!

La empleada le extendió un espejo portátil, sin decirle nada, y, de repente, ella se miró acusándose, ovalada y circunspecta; la imagen pétrea y desquiciadora. Pensó en aquella ocasión que discutió abrasadoramente con su marido recriminándole la desatención, exigiéndole sus derechos naturales; le pareció ver entonces, superpuesto al suyo, el rostro masculino, airado y déspota, soberbio, intolerable, los labios surcando una sonrisa irónica; sintió la reverberación de aquel agudo pensamiento que la flechó, cuando lo vio salir, indiferente, para no volver hasta que se le antojara: “ ¡Cerdo, me provocas con toda la intención al adulterio! . . . ”

— ¿Así está bien, señora? La empleada interrogó, desanimada, esperando el consabido comentario de doña Carmela: “un poquitito más hinchado, no, menos, que parezco crinolina, así, más, un poquitito”.

Doña Carmen no escuchó la pregunta; ajena a su cabeza, observaba con zozobra cómo la otra empleada limpiaba el rostro empastelado de menjurjes de la señora de enfrente, y cómo, a medida que la mezcla pastosa se descapelaba, las carnes adquirían la forma exacta del rostro de su vecina. Encendió otro cigarro, queriendo establecer una muralla gaseosa, con huecos imperceptibles que le permitieran continuar mirando. Al fin la miró, como recién emergida de un pantano, como la ocasión en que la descubrió, a propósito simulando que había ido a la azotea por una prenda, besándose con el estudiante entre los lavaderos, lujuriosa, manoseada como una aparición que nos limita el tiempo; la señora del 847 le sonrió con picardía, exactamente como la modelo de la foto, y doña Carmen sintió un galope de alacranes en su espalda; la miró levantarse, alisarse el vestido ante el espejo, tomar su bolso, ingenuamente, despedirse con un amerengado “Chao, niñas”, para después salir, moviendo como señuelo sus caderas penduleantes.

Sembrada de silencio y nieve, doña Carmen le devolvió el espejo a la joven, que seguía mordiéndose las uñas; apagó su cigarro y se alzó recuperando la vertical de su columna. Luego mordió la sensación de estar amarrada en una silla eléctrica, indefensa, y por eso giró pesadamente un accesorio, para irse inclinando, embalsamada al mueble, lentamente, con el ritmo de aquel verso de Huidobro: “*en mi cabeza cada cabello piensa en otra cosa*”, reinventándolo, doblándose en lo alto, hasta que su rostro quedó frente al de la empleada, cercanos, como en un careo.

— Ponme una máscara, criatura, de fresas y papaya . . .